

# Episodio de Fiesta Mayor

Aquella noche después de cenar, salí a la calle e hice el itinerario casi obligado en noche de Fiesta Mayor: un par de vueltas por el Paseo, poco concurrido aún y a sentarme luego en uno de los sillones de mimbre bajo el toldo del Bar Marina.

Un camarero desconocido sirvióme el café de rigor, mientras las chicas luciendo sus mejores galas, poco a poco iban afluyendo al Paseo en espera de las sardanas o de la hora del baile.

Con puntualidad a la que no estamos muy habituados, los componentes de la Coblá «Turissa» subieron al tablado colocado allí enfrente mismo, prepararon sus instrumentos y lanzaron al espacio una alegre sardana del Maestro Vallmajó.

Después tocaron otra sardana; y mientras en el aire vibraban las notas de una composición del «Xaxu», abandoné mi sillón y fui a admirar a los que bailaban.

Anduve de un rollo para otro, observando a los sardanistas de solera que marcaban los puntos con precisión. La animación había ido aumentando y alrededor de los que danzaban concurrían muchos admiradores.

Y justo al terminar aquella sardana, destacándose de entre la concurrencia, se acercó a mí y saludóme muy atenta y alegremente.

De momento quedé algo sorprendido por lo bien vestido que iba: traje oscuro, nudo de corbata impecable y pelo engomado, diríase que a presión.

Y me sorprendió, porque la elegancia en el vestir, o no era su fuerte o le importaba un bledo, al menos así lo había demostrado incluso en los primeros días de la Fiesta.

Hablábamos de cosas triviales mientras íbamos paseando, él francamente sonriente.

Después de unas vueltas, tocaron otra sardana y luego de oída, volvimos a pasear arriba y abajo, él siempre sonriente

Y más sonriente aún, al llegar a un extremo del Paseo, separóse de mí diciendo:

—Bueno: yo te dejo. Hasta luego.

E hizo ademán de marchar hacia el salón de pista encerrada, donde más tarde se danzaría.

—Pero si todavía hay para rato—le advertí.

—Si, ya sé—contestó—pero es que hoy la he invitado al baile y cuando llegue quiero

que me encuentre.

Le di unos intencionados golpecitos en la espalda, que acogió satisfecho y mientras él marchaba hacia el local, yo continué paseando y oyendo sardanas.

\*\*\*  
Cuando más tarde entré en el salón, la orquesta interpretaba el primer fox de la noche. Mi amigo estaba junto a la puerta yendo de un lado para otro.

—¿Todavía no?—pregunté.  
Sin pronunciar palabra movió lentamente la cabeza de izquierda a derecha.

—¡Bah!—le animé—no hagas caso: es una chica que acostumbra a llegar tarde.

\*\*\*  
Rumbas, congás y sambas. Los músicos interpretaban lo mejor, de su repertorio. Un pasodoble, luego un blues, después un mambo. Un poco

extrañado, vi que mi amigo los bailaba con tres muchachas diferentes.

Y en un descanso, en el pasillo, mezclados entre la numerosa concurrencia y empujados por todas partes, nos hallamos frente a frente.

—¿Y la dama?  
—No ha venido—me dijo.  
Y alzó los hombros en señal de resignación.

\*\*\*  
En los bailes, los vales vieneses hacían rodar a las parejas en infinitas vueltas.

En el Paseo, las sardanas continuaban siendo bailadas con pulcritud.

En la feria, los altavoces ensordecían a la gente.

Y en el torbellino de músicas y ruidos de aquellos días, había tenido lugar un episodio de Fiesta Mayor. Uno de tantos.

LLIF ODALL



## El sueño del viejo molino

Por L. D'ANDRAITX

Solo, en la pradera de alfalfa, alza su mole ruinososa un viejo molino derrotado.

Su única aspa, arpón clavado en el ire, parece un desafío contra las burlas del viento, que salta, carcajeando, las agrietadas maderas, jugueteón y feliz al no tener que ordenar sus bufidos.

Pero su gesto no es de reto como de pronto me pareciera; el viejo molino duerme alargado de olvidos.

Duerme en placideces; sus destartadas paredes no consiguen evocar penas, sino paz de sueños sin pesadillas, alegría de conformidades.

Y en realidad es que el molino mata abandonos soñando y muere cumplido y sin prisas.

Sueña con la acequia que se deslizaba a su vera, de agua lisa y enjaulada, que él removía a compás del viento y que engrosaba con chorro potente, subido a ritmo lento de su lecho lagunoso.

Sueña con el glu-glu bisbiseante de las sangrías de la acequia que abrevaron, tanto tiempo, el prado y los cultivos. Y recuerda también en sueños, el beber ávido de la tierra seca, celosa de las burbujas que estallaban escapándose.

Sueña con el estanque circular, lleno otra vez de dorados peces y que él alimentaba después de enrasar la acequia.

Recuerda jueves y meriendas, corretear de niños y cantarinas voces. Recuerda colgados de sus aspas los chiquillos, en la calma de los días sin viento ni ventolina, y se encoje como si de nuevo sintiera el cosquilleo de sus articulaciones, forzadas en un va-y-ven interrumpido.

Sueña orgullosos pasados, sus cuatro brazos abofeteando el aire enredado en ellos, sin escape posible entre el laberinto de un revuelo calculado; con el agua fresca que salía a la luz cansada de largas noches de obscuridad profunda. El agua lo acariciaba y lo cubría de alhajas, y el molino perleaba arrogante chispas de sol y colorines entre el manojo de huesos de sus complicadas vértebras.

La menuda puerta de su torre abierta de par en par, era franqueada de vez en cuando, por curiosos caminantes atraídos por el bello molino de grácil silueta y de chirridos gozosos.

Y el molino dormido, soñando halagos—los halagos que le prodigaban los visitantes de paso y que él recogía redoblando su danza en el aire y empujando con más fuerza el agua dentro de la acequia—sonríe en dichas pretéritas desde su ruina amable.

Sólo un dolor recuerda el molino de su vida truncada: el miedo que infundía a los pájaros que, sin mirarle, pasan raudos, alejándose.

Ni en su reposo querían rozarle; era para ellos eterno temor y amenaza. Miraban sus largas manos fantasmales con recelo, como si de pronto pudiesen empezar a girar y azotarles en crueldades inexistentes.

Ojalos piar entre el verde tierno de los olivos del camino y, más cerca, entre las ramas del almendro que crecía junto al estanque. Pero en sus cantos no había una nota para el airoso molino que, como cualquier mortal, suspiraba ternezas incomprendidas.

Con los años, sufrió el molino oprobio y olvidos: Encadenaron sus brazos y tiempo y vientos vengáronse de sus arrogancias, descuartizaron sus miembros y enmohecieron su engranaje.

Un aspa solamente quedó intacta, que como una «saeta» sevillana apunta hacia lo alto en ruegos desesperados.

Duerme la acequia sin agua, duerme el agua en lo profundo, duerme el estanque sin vida, y los campos lloran su vientre estéril, sin sueños, en sequedades.

Mas el viejo molino sueña feliz arrullado por los pájaros que al fin perdieron su miedo y anidan, juegan y cantan sobre la madera agrisada de su única aspa sollozante.

A sus piés la alfalfa borda amarillos de flores en póstumo homenaje. Y el cronista atento al alma de las cosas y que sintió pena de un molino abandonado, por él concibió la esperanza de que, tal vez, morir soñando sea un triunfo y una gracia.

traliza las manos sin diversidad de clases, rehuendo divergencias! En las sardanas quedan cumplidas las exigencias de todas las edades. ¿No es esto hermoso? Y, ¿no es más bonito todavía contemplarlo en el amplio y espectacular paseo de esta ciudad en una tarde o noche de verano mientras la brisa del mar, con sus caricias estimula el ambiente y «sa tenora» lanza sus vibrantes notas que poco a poco van perdiéndose sobre el azul del mar cual canto de sirena?...

He oído con agrado algunos conciertos en diferentes terrazas de los cafés del Paseo, más o menos turbados por las estridentes frases de joido el premio! que potentes altavoces cuidaban en elevar de tono, juntamente con el lejano y monótono ritmo de un «boogie-boogie» cuyos ejecutantes no sabían encontrar el final en el pentágono.

No sé si la víspera de la fiesta ha desfilado por las calles de San Feliu de Guixols alguna banda de música lanzando al aire alegre pasodoble que seguida por el correr y griterío de la chiquillería diera un beoll colorido de iniciación.

Tampoco, y que conste que todo ello no es censura, y si un vago recuerdo, no he sido despertado ningún día por melodioso trino de clarinete que al compás de una airosa marcha va anunciando que también aquel día es fiesta. Es entonces cuando los perezosos cuya pereza es objeto de haberse acostado aquella madrugada, tienen la oportunidad de cambiar de posición y con el placer de haber disfrutado de una dulce pesadilla vuelven a entregarse en manos del dios Morfeo. La satisfacción de los que se levantan es respirar a pleno pulmón el aire sano de otro hermoso día mientras con la mirada dicen adiós a los músicos que con paso marcial van desfilando. Y... finalmente, esta misma banda a qué aludo (generalmente patrocinada por el Ayuntamiento) en la Plaza de España, que es rincón tranquilo y apacible, en el paseo, debidamente acondicionado o en cualquier otro lugar, pero libre de ruidos y estridencias, interpretando piezas de concierto de aquella música vieja pero inmortal. ¡Qué bonito sería!

Admiro esta ciudad, sus costumbres, sus fiestas y todo lo que con ella se relaciona. Teniendo tantas cosas bellas, ¿perdería mucho teniendo otra más?

VEGRA